

## PRESENTACIÓN DEL LIBRO “RASGOS COMUNES. ANTOLOGÍA DE LA POESÍA VENEZOLANA DEL SIGLO XX”

JUAN CARLOS ESCOTET

**Martes 17 de septiembre de 2019**

Amigas, amigos:

En los últimos años, Venezuela se ha llenado de dolorosos relatos. La narración de los padecimientos cotidianos prolifera de forma ilimitada. En el espacio público se ha amplificado una urgencia, que es la de testimoniar, de muchas formas posibles, los innumerables capítulos de la tragedia venezolana. Se constata el deterioro del presente, se comparte información, se pide y se ofrece ayuda, se hacen públicos los sentimientos, se denuncia por todos los canales posibles, se ejerce el doble derecho a informar y a estar informado, se celebran las cosas que son simplemente buenas y se formulan deseos por una vida mejor. Persona y país se presentan como indisociables.

Atrás han quedado los tiempos donde algunos pensaron que podrían escapar a la devastación. Hablar de lo que nos pasa, de lo que sentimos, de lo que esperamos, ha adquirido una nueva legitimidad. Todo relato nos concierne. Aunque no estén directamente relacionadas con las vidas de cada uno de nosotros, las malas y buenas noticias nos alcanzan. La indiferencia hacia los asuntos públicos, que algunos exhibían con orgullo, probablemente se ha reducido o ha desaparecido del mapa social venezolano. El país, con sus virtudes y sus malignidades, ocupa nuestros pensamientos, nuestra intimidad, nuestras inquietudes.

Este desbordamiento de la sensibilidad ha cruzado las fronteras, en las mentes y los corazones de quienes se han marchado del país, en contra de su voluntad. Millones de compatriotas han tomado la dura decisión de partir, asediados por la realidad, empujados por una necesidad profunda de salvarse y buscar una vida mejor para sí mismos y también para los que han dejado atrás. Los emigrados se han constituido en otra vasta fuente de relatos, también compleja, también inagotable, también legítima, también inseparable del país del que partieron.

Donde quiera que voy, especialmente a lo largo de los últimos cuatro años, me encuentro con las voces inconfundibles, con el gesto abierto y cálido de los emigrantes venezolanos. Aunque esto lo repiten todos los viajeros, no dejaré de mencionarlo también, aunque parezca un lugar común: estamos en todas partes.

En todas partes y de forma numerosa. Mucho habría que decir al respecto, pero me referiré solo a una cuestión: a la considerable contribución, no siempre reconocida, que los propios emigrados han dado para sensibilizar a la opinión pública, más allá de nuestras fronteras, sobre las realidades que están impactando a las familias venezolanas.

Dentro y fuera del territorio se difunden noticias que hablan de las situaciones de inmensa dificultad que están afectando a decenas de miles de venezolanos, especialmente en países de América Latina, a los que llegan en condición de refugiados. Hay una vocería ciudadana, que se está haciendo sentir en todo el planeta, en las más diversas lenguas, en foros institucionales y académicos, en diarios y revistas, en portales informativos y en las redes sociales. Venezuela, pero sobre todo los venezolanos, nos hemos convertido en una fuente diaria de informaciones.

Al mismo tiempo, por fortuna, el talento venezolano se hace sentir en todos los ámbitos imaginables. Hay una circulación, que por momentos roza lo increíble, creaciones, proyectos en marcha, resonantes triunfos académicos, iniciativas de solidaridad, emprendimientos de familias o de amigos que se organizan para afrontar sus problemáticas. Hay una actitud que se contagia y predomina, que es la de buscar oportunidades y soluciones. Se cuentan por millones los compatriotas que cruzan las fronteras, no para hacerse de un subsidio o de algún mecanismo de protección, no para victimizarse sino para encontrar una escuela, un centro trabajo o la posibilidad de un proyecto propio, en el que demostrar sus capacidades y deseos.

No sabemos todavía, quizás es muy temprano para ello, cuáles serán los cambios, las lecciones, los rumbos y las marcas que dejará en Venezuela, este enorme proceso migratorio. En más de tres millones de familias ya se han producido modificaciones sustantivas: sus miembros más jóvenes se han trasladado a otros países. Están, en al menos cuatro continentes y 70 países, aprendiendo, pasando por la experiencia de adaptarse a otras realidades y a otras culturas.

Quien se marcha a otro lugar debe afrontar dificultades de distinto tenor, la más exigente, la distancia de los seres queridos. Pero, a menudo, ese sacrificio tiene una recompensa fundamental: la de amplificar la visión del mundo. Quien se instala en otro país, aun por breve tiempo, adquiere cualidades y experiencias que antes no tenía. Se enriquece como persona, como profesional y, fundamental, como ciudadano. Es probable que, en muchos sentidos, adquiera capacidades que le dotarán para responder mejor a los desafíos de esta era de cambios.

Cuando pienso que una parte de esos compatriotas regresarán a nuestra Venezuela apenas sea posible, mi optimismo se acrecienta. Volverán cargados de otras experiencias y conocimientos, habrán aprendido modos distintos de organizarse y de hacer las cosas. Todo ese caudal será benéfico para esta nación tan agobiada, que estamos y estaremos en la obligación de reconstruir.

Una de las consecuencias inesperadas de estas ya prolongadas corrientes migratorias, es que ellas han sido el acicate que ha permitido mostrar las capacidades de los creadores venezolanos en otras latitudes. Cierto es, que se trata de un fenómeno que ha ido creciendo de forma paulatina. Pero lo que es indiscutible, es que en los últimos años se ha potenciado de forma cuantitativa y cualitativa. La presencia en las agendas culturales de nuestros artistas visuales se ha incrementado en ciudades de Estados Unidos, América Latina y Europa. Lo que antes era excepcional, se ha vuelto corriente. Algo parecido ocurre con los músicos venezolanos, que gozan de especial visibilidad: están en calles y plazas, en lugares nocturnos que ofrecen espectáculos musicales a sus clientes, en las industrias del cine y la publicidad, en concursos de talentos, en orquestas y festivales musicales. No hay un día, y no hay exageración en esto, donde los músicos venezolanos no sean fuente de algún anuncio, siempre estimulante, siempre positivo. Cosas semejantes pueden decirse de nuestros curadores, lutieres, bailarines, actores, fotógrafos, diseñadores gráficos, traductores, dibujantes, escenógrafos, cineastas, ilustradores, editores, dramaturgos, cantantes, periodistas y, por supuesto, de los escritores, de todos los géneros y de todas las generaciones.

Recientemente, escritores nuestros han ganado concursos literarios en varios países. No solo en España, también en el resto de Europa, *La hija de la española*, la novela de Karina Sáinz Borgo, que se desarrolla principalmente en Caracas, ha adquirido las proporciones de un éxito editorial, que no tenía antecedentes entre autores venezolanos. Revistas especializadas les dedican dossiers, mientras editoriales en Colombia, Argentina, México y España publican antologías o títulos de diversos géneros. Cada vez más, los grandes diarios en nuestra lengua, se ocupan del movimiento literario venezolano, como un admirable caso de resistencia cultural a la debacle de la vida cotidiana.

Este es el marco en que ha sido puesta en circulación, *Rasgos comunes, Antología de la Poesía Venezolana del Siglo XX*, realizada por Gina Saraceni, Miguel Gomes y Antonio López Ortega. Fruto de un trabajo de análisis y debate, que se prolongó por cuatro años, recoge poemas de 87 autores, que van de Francisco Lazo Martí, nacido en 1869, a Luis Enrique Belmonte, nacido en 1971. El volumen, que supera las 1170 páginas, debe ser, en el terreno literario, uno de

los proyectos editoriales más ambiciosos que se hayan ejecutado en los últimos cinco años, y que llega a los lectores de nuestra lengua, especialmente de España, justo en el momento en que parece haber una mayor disposición a escucharnos, a aprendernos y a reconocernos.

Esta apurada relación de hechos, a las que podrían sumarse tantísimos otros ejemplos, nos demuestran que no hay esfuerzo educativo, productivo, creativo o en el ejercicio de la solidaridad, que no tenga un buen destino en estos tiempos. Sé que hay días en que las adversidades parecen insalvables y escalan hasta el ánimo de personas y de familias enteras. Pero el impulso contrario, el de superar los obstáculos y seguir adelante, finalmente resulta más fuerte, más sostenido y logra imponerse.

No están solos los escritores, tampoco los profesores universitarios, ni los docentes de las escuelas públicas, ni los funcionarios que siguen haciendo su trabajo en medio de la precariedad, ni los empresarios que mantienen sus operaciones afrontando obstáculos que difícilmente podríamos imaginar. No están solos los ciudadanos que no se abandonan y preservan sus disciplinas, sus proyectos y sus sueños.

Quien levante su mirada más allá del entorno inmediato, podrá constatarlo: la sociedad de la que somos parte, no se ha cruzado de brazos, no se ha entregado ni, mucho menos, ha perdido sus sueños. Tenemos una responsabilidad con nuestros sueños y con los que guardan los demás. Estamos llamados a persistir, a no tirar la toalla. Son tantas, variadas y profundas las energías en curso, tan persistentes en sus búsquedas, que no titubeo en afirmar, aquí y donde voy, que lo peor pasará, y que Venezuela se encausará, muy pronto, a un mejor destino.

Muchas gracias por escucharme.